

lluvia y nieve sobre las llamas. La vision hiere la vista de Yupanqui, que conducia á los Indios al ataque de los Españoles, y se convierte. El invoca á la Virgen María cuando Guacolda, descubierta en su escondite, se encontraba en el mayor peligro, y María le toma bajo su protección, y libra á los dos de los enemigos.

En el acto III, que acontece veintitres años despues, ya el Perú está sometido á las leyes de España y á la religion de Cristo, y Yupanqui se consume por formar una imágen de María, cual se la apareció en medio de las nubes. No tiene conocimientos artísticos, no conoce ningun instrumento, y sin embargo trabaja sin cesar. Pero la rudeza de la obra le atrae las burlas de sus compatriotas, que absolutamente no quieren colocar en su templo una escultura tan tosca. Yupanqui encuentra, pues, todo género de oposiciones; hasta se trata de destruir la obra de sus manos; pero María, conmovida al ver su fe y perseverancia, envia dos ángeles para que le ayuden; y uno de ellos con el buril y el otro con el pincel y los colores perfeccionan su imágen, haciéndola semejante al celeste modelo: una fiesta solemne celebra el milagro y termina el espectáculo.

En esta obra falta la unidad de accion; falta tambien el interes histórico, pues la caída de un grande imperio se muestra tan solo en último término, sin el heroísmo ni las miserias que la acompañaron; el cambio de constitucion y de creencias se verifica sin saber cómo. El autor no se propuso mas que un sentimiento devoto, recurriendo probablemente á alguna tradicion peruana: todo lo demas lo descuidó.

Lo mismo hizo en el *Origen, pérdida y restauracion de la Virgen del Sagrario*, donde los tres actos pasan, uno en 648, otro en 712 y el tercero en 1083, con personajes y accion naturalmente diversos, cuyo único enlace es la efigie milagrosa, á la que se atribuyen los destinos de España.

Tambien está tomado de los hechos de la conquista el drama de Lope *Los Salvajes de Tenerife* (1). Alonso de Lago, general de la expedicion enviada á conquistar esta isla por la tercera vez, sobre la proa del buque arenga á los soldados, exhortándoles á arrojar de las Canarias á los demonios, con la ayuda del arcángel Miguel. Una vez en la isla, la escena presenta á Beucomo, rey de Tenerife, á Siloy, su capitan, á Dácil, hija del rey, vestidos como salvajes; y el rey, á quien los augurios amenazan con un tercer desembarco de Españoles, se queja al dios Sol de que estos extranjeros turben la paz de su reino, que en nada ofende á España.

Entretanto Dácil ha ido á bañarse en un de-

(1) Para la composicion de este drama tuvo evidentemente á la vista Lope de Vega el curioso y por tantos conceptos notable poema del vate canario Antonio de Viana, titulado *Antigüedades de las islas Afortunadas de la Gran Canaria, conquista de Tenerife, y apareamiento de la Virgen de la Candelaria*, impreso en Sevilla en 1604.

licioso lago; cuando de repente ve venir un hombre á caballo, y creyéndole una fiera nueva, se sube á un álamo. Es el capitan Castillo, que se detiene con objeto de reposar; pero, viendo en el lago la imágen de Dácil, é ignorando si es ave ó fiera, la obliga á bajar tirándole de un pié, la consueta y conduce al general para que dé noticia del pais. En esto, los soldados de su padre la alcanzan, y ella deja á Castillo significándole que le ama, y envia con él un soldado. Castillo, al llegar al campamento, se encuentra con que ya le estaban haciendo las honras fúnebres, por creerle muerto. Entónces el soldado Manil da noticia de la isla á Alfonso, y entre los regalos que le ofrecen elige la golilla, para mostrar con qué débil armadura defienden su cuello los agresores de la isla.

En el acto II Beucomo, describiendo su vida pastoril, no imagina que le quieren los Españoles; y Manil, ya de vuelta, le habla de la temeridad de aquellos extranjeros, y le muestra la golilla que el rey envia á Dácil. Esta se siente aquejada de una melancolia invencible, y cuando Manil le refiere las palabras de Castillo, de que habia quedado sin alma por haber pasado á ella la suya, cree verdaderamente tener en su seno esta alma, y que de ahí nace su nueva inquietud; que le ha entrado por los ojos, y que los Españoles son hechiceros; y cierra los ojos para no dar entrada á mas almas. Tambien otras mujeres, á cuyo lado otros Españoles habian pasado las noches dejándoles sus almas, no pudiendo encontrarlas, van á consultar á Dácil. Esparciéndose la voz, el rey manda á decir al general español, que emplee las armas, pero no los encantos, y que prohiba á sus soldados dar las almas á las mujeres, y enfermarlas de ese modo. Alonso responde, que aquello era solo una expresion figurada, y que él venia de orden de su rey á difundir allí la fe verdadera. Sin embargo, empeñado el combate, los Españoles son vencidos por la tercera vez. Los salvajes se alegran y expresan su admiracion al ver los diferentes objetos quitados al enemigo. La única triste es Dácil, por temor de que haya muerto Castillo, y creyendo beber veneno, lo que bebe es vino. En esto llega Castillo herido, y ella, cerciorada ya del efecto confortante del vino, lo parte con él como medicina á propósito para sus heridas.

En el acto III, Manil, que hace las veces de gracioso, y Firan, al encerrar el rebaño en una gruta, ven una mujer de sobrehumana hermosura, con un niño en brazos y una vela en la mano; y creyéndola española, la saludan llamándola María, nombre que habian oido dar ordinariamente por los Españoles á sus mujeres, y la convidan á entrar en su redil. Mas ella no responde, ni se mueve; Manil le arroja una piedra, y el brazo se le queda estirado, Firan le tira una cuchillada, y se hiere á sí propio; el rey queria lanzarle una flechá, pero Manil le detiene, y al momento recobra el uso de su brazo; ruega por Firan, y consigue la cura.

Entónces reaparecen los Españoles. Castillo, que hace un año vive con Dácil, viene vestido de salvaje; y cómo ella teme que quiera abandonarla para volverse á su patria, él le jura no hacerlo; pero, oyendo el tiro de un fusil, corre á reunirse con los suyos. Entretanto Firan, ya curado, encuentra á Manil, el cual, lleva que comer á la señora de la vela, y suplica á los pájaros que se dejen coger para llevar uno á aquel niño, lo cual ellos hacen. Repara que el sol hiere á este en los ojos, y va á comprarle un quitasol.

En el nuevo ataque, los salvajes son vencidos. Beucomo reúne á los suyos para intentar nueva resistencia, y se queja al sol de tantas adversidades; cuando de improviso desciende á él San Miguel arcángel, y le dice que es capitan de la milicia celeste, que él fué quien condujo á la isla los Españoles, y le intima que los reciba hospitalariamente, si no prefiere ser exterminado. Tambien Alonso ve en sueños á un ángel que presenta al rey Fernando siete doncellas, las siete islas Canarias, y que á él le ordena buscar un tesoro en un monte, que le indicó.

Beucomo, en justa obediencia del mandato celeste, trata de rendirse; pero Dácil le responde, calificando de cobardía semejante acto; sin embargo, al acercarse los Españoles, el rey se postra gritando: ¡Viva España! Los salvajes le imitan; solo Dácil permanece firme, y con enérgicas palabras rechaza á los invasores y se lanza para combatir contra ellos como pérfidos que son. Aludia principalmente á Castillo, que le habia prometido tomarla por esposa, jurándosele, al estilo del país, por una roca. Él ahora lo niega, y Dácil invoca el testimonio de la roca, la cual se abre, y en su seno se ve á la señora de la gruta, en medio de un vivo resplandor, y á San Miguel arcángel, que dice es la Virgen de la Candelaria; no era otro el tesoro indicado. Castillo, al contemplar semejante portento, vuelve á la palabra dada; Beucomo pide el bautismo, y Tenerife es conquistada y convertida.

Otro hecho heroico de los Españoles es la batalla de Lepanto. Lope la celebró en la *Santa Liga*. En este drama, es hermoso el consejo de guerra que se celebra en Mesina, bajo la presidencia de Don Juan de Austria, hallándose presentes el marques de Santa Cruz, Marco Antonio Colonna, Héctor Espínola, Agustin Barbárico, Don Fernando de Mendoza y Lope de Figueroa. Lope habia podido conocer personalmente á todos estos personajes, y hasta empezó la carrera de las armas al mando del marques de Santa Cruz. Colocó tambien entre ellos á Andres Doria, quien sabemos habia renunciado ya por aquel tiempo á los hechos de armas. Pero si Lope cometió un anacronismo, conservó, sin embargo, á Doria su carácter, poniendo en sus labios el consejo que diera años atras, cuando, para detener á Soliman II, que habia invadido la Hungría, propuso á Carlos V hacer una diversion por el lado de Grecia.

Abre, pues, la reunion D. Juan, haciendo ver la importancia de la empresa y el buen espíritu del ejército, en el cual todos han ido á confesarse y á comulgar, y pide el parecer de los circunstantes.

DORIA. Harán sospechosas mis palabras las discordias nacidas entre Génova y Venecia; y si consultáramos yo mi amor propio, tendria que dejar la palabra á los otros, y ponerme con la mayoría. Pero yo para nada me cuento cuando se trata de la gloria de Dios, de la gloria de mi rey y de mi patria. Siempre ha sido un axioma para los mas grandes guerreros, cuyos ejemplos procuré seguir toda mi vida, que deben las potencias evitar de luchar unas con otras, á no ser que se vean obligadas á ello, ó que no tengan ventaja en hacerlo. Hay temeridad en exponer los mas caros intereses, la vida, la honra, á un golpe de dados, á un capricho de la fortuna. Ahora los Turcos nos son superiores; son mas numerosos; tienen una marina mejor que la de la degenerada Venecia; tienen soldados de mar, y nuestras tropas, excelentes en tierra firme, no valen en el nuevo elemento. Ellos son valientes, y su valor se ha ensoberbecido con las recientes victorias que han ganado en Chipre y en Candia. Su flota, compuesta de una sola nacion, obedece á un solo jefe, al paso que la nuestra es de diferentes pueblos, y está en discordias continuas... No hay para nosotros necesidad alguna de guerrear, y cuando se ve uno atacado, hasta que se defienda en su casa, pues muchas veces hace mas el tiempo que la espada. Si somos vencidos, queda descubierta Italia; si somos victoriosos, vamos á entrar en la mala estacion que nos obliga á volver de priesa á los cuarteles de invierno, y entretanto renueva sus armamentos nuestro enemigo. Soy, pues, de concepto que, sin atacar á los Turcos, se auxilie á Chipre, y despues se les engañe con una hábil diversion. Atacad las costas de la Morea, y ellos irán á defenderlas. Así procuraréis algun descanso á los sitiados, que tanto lo necesitan, y con alejar al enemigo, les salváis, y este es el principal objeto de la guerra.

Suplicado por D. Juan habla él

MARQUES DE SANTA CRUZ. Nobles señores, si examináis el mar enteramente cubierto de buques que lo ponen semejante á una vasta selva; si miráis todos estos pueblos, reunidos á costa de grandes gastos por esta santa causa; si pensáis en la grande solicitud que han desplegado los magnates para llegar á formar esta santa Liga, ¿como podréis ver sin furor y sin mengua ser inútiles tan grandes preparativos? Si por fin tuviéramos que vernos precisados á tomar el escape, ¿no sería acaso mas sencillo no movernos? ¿De qué sirve tanto ruido? ¿qué utilidad sacamos con llegar hasta este punto?... Si se dice que solo la necesidad es la que debe aconsejar una batalla, ¿qué situacion hubo jamas tan apremiante como la nuestra? ¿No oís acaso desde aquí la insolente

vocinglería de los Turcos que todavía se están jactando de haber pasado á fuego y á sangre opulentas ciudades? ¿Y á qué no se atreverán si ven que todas las fuerzas cristianas rehúsan la batalla que presentan ellos? ¿En qué vamos á parar si puede decirse que con la mayor bajeza nos hemos burlado de aquellos á quienes habíamos prodigado las promesas y las esperanzas?... En cuanto á esa pretendida superioridad de los Turcos, yo la niego. Ved mas bien lo que hemos hecho nosotros en Malta y en Ródas con un puñado de gente. Aquí seremos á poca diferencia en número igual, y los Turcos no cuentan mas que con reclutas, supuesto que el sitio de Nicosia perdió sus veteranos. Y luego en tiempo de guerra es menester contar un poco con la fortuna; es menester tener alguna confianza en la justicia de la causa; confiar en el talento, la sabiduría, el denuedo, la honra y el poder de España, Venecia y Roma... Además, vamos hasta suponer que salgamos vencidos... pues bueno, ¿habrá acaso Selim con este hecho aniquilado la virtud de nuestra Liga? ¿no quedará ningun soldado mas en Flandes? ¿no tondrá ningun ejército mas el rey Felipe? ¿no quedará á la noble España mas sangre que pueda ofrecer á Dios y á la Iglesia? Os lo aseguro, en caso de vernos vencidos, no sería sin pérdidas considerables que habria hecho nuestro enemigo: al paso que si salimos victoriosos, con solo mostrarnos, tomamos la Grecia. ¿Qué provecho sacaríamos con atacar la Morea para hacer correr al enemigo tras de nosotros?... Así, pues, mi dictámen es que vuestra alteza se embarque cuanto antes, vaya en busca del enemigo, y habiéndolo hallado, le dé batalla. Tal es el consejo que os da el heredero de los Bazanes, señores; y sobre la cruz de esta espada, ante la cual me inclino humildemente como cristiano, juro que lo que he dicho lo he dicho sin pasión, sin intenciones personales, y únicamente por descargo de mi conciencia.

D. JUAN. Y vos, D. Fernando Carrillo de Mendoza, ¿cuál es vuestro dictámen?

D. FERNANDO. Sin ir á buscar otras razones solo diré que el papa Pio V, con motivo de su santidad, me inspiró una completa confianza; y ya que él quiere que se dé batalla, voto para que la haya lo mas pronto que se pueda.

D. JUAN. ¿Y vos, Barbárico?

BARBÁRICO. Yo, como que no he tomado ningun partido, me acomodaré con la mayoría.

D. JUAN. ¿Y vos, Héctor?

HÉCTOR. Yo estoy por la batalla.

D. JUAN. ¿Y vos, Marco Antonio?

MARCO ANTONIO. La batalla, señor. Yo creo que diferirla es diferir la victoria.

D. JUAN. ¿Y vos, D. Luis de Requesens?

D. LUIS. Que se vaya en busca del enemigo hasta dentro de Constantinopla, si es necesario.

D. JUAN. ¿Y vos, D. Lope de Figueroa?

D. LOPE. Que, en cuanto á mí, con solo mi corazon voy á tener en raya á los Turcos; y

que para vuestra alteza con solo mover la mano será negocio concluido.

D. JUAN. Pues bien, adelante. Sigamos al noble marques.

VARIOS. Sí, sigamos al marques. Su opinion es la magnánima.

Tambien Cervantes habia compuesto sobre aquel asunto la *Batalla naval*. En su *El trato de Argel* presenta un rescate de esclavos, al cual se parece el siguiente de Lope, que se supone en Constantinopla, el año 1570, en el acto de llegar un mercader, encargado por un fraile de la Redencion de comprar unos cuantos esclavos.

I^{er} PRISIONERO. Señor, tened compasion de un pobre desventurado, que ha estado preso catorce años en Trípoli, y aquí.

II^o PRISIONERO. Y á mí, señor, no me olvidéis. Carezco de medios, no tengo nadie que pueda hacer nada por mí. Si no puedo salvar mi alma, sálvame Dios con su sangre. Mi amo es tan desapiadado que me verá obligado á hacerme renegado.

III^{er} PRISIONERO. Señor, yo podré devolveros la suma de la que os haré un recibo para vuestro resguardo. Os aseguro que os la pagaré hasta el último cuarto y maravedí; mi rescate no será mas que un adelanto de dinero.

EL MERCADER. ¡Soga! No me atacéis todos así. Ya véis que no quiero mas que vuestro bien. Hay el Padre de la Redencion que ha venido con esta mision del cielo.

UNA PRISIONERA. Sí; el Cielo mismo le manda. Piedad de mí, señor, y de esta pobre criatura, de que se apoderarán los Mahometanos, si vos no la sacáis de aquí. Haced presente al Padre de la Redencion, que estas almas jóvenes son como una cera blanda, en la cual esos infieles puedan con mas facilidad imprimir sus impíos preceptos. No os ruego por mí, sino por este pobre angelito, que me es mil veces mas caro que mi propia vida.

EL NIÑO. Sí, señor, es la purísima verdad. Todos los dias me viene amenazando mi dueño que me va á llevar á la mezquita y hacerme musulman...

EL MERCADER. Harémos lo que podamos con nuestro dinero. Ahora se trata del precio.

I^{er} PRISIONERO. Vos le prometéis que la váis á rescatar. Es una mujer; será mas difícil. Pensad mas bien en este pobre desdichado, que no tiene para comer mas que galleta muy dura, y tiene que remar desde febrero hasta octubre. ¡Y aun se tendria paciencia si no nos tocara el látigo! Yo dejaria á una Turca amiga mia, que me está haciendo regalos sin cesar, y apenas antes de ayer queria regalarme sus braceletes y collarin.

EL MERCADER. ¿De dónde eres?

I^{er} PRISIONERO. De Mallorca.

EL MERCADER. Has hecho santamente con rehúsar.

II^o PRISIONERO. Si os mueven las desgracias, todos tendrémos una lista para contaros; y los

que dejaríais acá, no la cederian á los que os llevaríais.

EL MERCADER. ¡Paciencia, amigos, paciencia! no es menester desesperarse. Hoy ha venido el hermano de la Trinidad; mañana vendrá el de la Merced y si no podemos rescataros nosotros, lo hará él.

EL PRISIONERO. Pero si la Trinidad nos abandona, ¿cómo podrémos contar con la Merced?

EL NIÑO. Perdonad, señor; si, segun me lo ha enseñado mi madre, el Hijo de Dios, segunda persona de la Trinidad, con hacerse hombre redimió al mundo, ¿por qué no viene á redimirnos á nosotros, que somos esclavos aquí?

EL MERCADER. Porque, en este caso, la palabra *Trinidad* significa una orden religiosa, y el redentor que llega es un hombre y no Dios; es un Padre trinitario, y vosotros le llamáis redentor porque se ocupa en redimir esclavos.

EL NIÑO. Así debe ser; porque si fuera Dios, nos rescataria á todos.

EL MERCADER. Guapo muchacho: con esta respuesta te pongo en mi lista.

EL NIÑO. Yo ocuparé muy poco lugar en ella; yo que soy tan chiquito.

EL MERCADER. Pero yo no puedo llevarme dos personas de la misma familia: es menester que se quede tu madre aquí.

EL NIÑO. ¿Pues sí? entónces perdonadme, y dejadme acá en su lugar. Os prometo á ambos que jamas he de olvidar al Señor y que soy cristiano.

EL MERCADER. Por el agradecimiento y afecto que manifestas á tu madre, me veo obligado á rescatarla contigo, y voy á anotarla á ella tambien. ¿Cómo os llaman?

LA PRISIONERA. Constancia.

EL MERCADER. ¿Y tú, muchacho?

EL NIÑO. Marcelo.

LA PRISIONERA. Hijo mio, el Cielo te ha inspirado la palabra, y á ti soy deudora de la vida.

EL MERCADER. ¿De qué país?

LA PRISIONERA. De Nicosia.

EL MERCADER. Bien está. ¿Y vos, buen ancianito, qué nombre lleváis?

III^{er} PRISIONERO. Dios os pague la caridad, señor. Yo me llamo Juan de Lezcano, español.

EL MERCADER. ¿Pero el país?

III^{er} PRISIONERO. De Sevilla.

EL MERCADER. ¿Y vos, buen hombre?

II^o PRISIONERO. Yo, señor, soy de Marzagan.

MERCADER. ¿Qué nombre?

II^o PRISIONERO. Pedro.

EL MERCADER. ¿Y vos, de dónde sois?

I^{er} PRISIONERO. De Alicante, pescador.

EL MERCADER. ¿Y os llaman?

I^{er} PRISIONERO. Juan de Flóres:

EL MERCADER. Basta esto; me voy á llevaros á todos.

EL NIÑO. ¿Cómo, cómo, madre? ¿nos vamos á ir?

LA PRISIONERA. Sí, hijo mio.

EL NIÑO. ¿De contado?

LA PRISIONERA. Sí, amor mio.

EL NIÑO. Poned cuidado. Al llegar allá abajo, no dejéis de comprarme una espada; y á cuantos Turcos hallemos, yo les he de matar.

Bien probaria que nada entiende en cosas de artequien no conociera la verdad de esta escena, con aquellos prisioneros innominados aunque vivos, aquel mercader seco pero humano y sensible, aquellas amenazas de renegar, aquel niño espirituoso y vivo que pone toda su confianza en sus fuerzas porque aun no las ha experimentado.

Mas de treinta dramas de Lope están tomados de la historia antigua, y en especial de la sagrada. Tales son los *Trabajos de Jacob*, el *Rapto de Dina*, el *Cardenal de Belen*, esto es, San Jerónimo; el *Divino Africano*, esto es, San Agustin; *Barlaam y Josafat*, el *Hermano honrado*, que es el hecho de los Horacios; los *Artificios de Fabia*, historia del tiempo de Nerón, etc.

El primero de estos empieza con una relacion que hace Josef á Nicela, mujer de Putifar, de sus desgracias. Ella conmovida le declaró su amor; Josef resiste; es acusado, preso, y continúa así la historia hasta la llegada de Jacob á Egipto, dispuesto todo con el arte propio de un gran poeta. El amor de Nicela está expresado mas á las claras de lo que lo permiten nuestras costumbres; pero todo lo demas respira una fresca bíblica.

En el *Valiente Justiciero* de Moreto, figura Don Pedro, en quien, mas que el titulo de Cruel, los trágicos españoles saben recordar lo mucho que hizo para reprimir á los tiranuelos. Disfrazado, visita el castillo de un rico-hombre castellano, señor del país vecino á Alcalá. Descubriendo de este modo su orgullo y sus tramas, resuelve hacer un ejemplar memorable. Le llama á la corte de Madrid, y una vez allí le abruma con sus reprensiones; oye delante de él á las personas que ha tiranizado, y le condena á muerte, sin consideracion al privilegio que tenia de ser juzgado solamente por sus iguales. Tello le dice que cede á la fuerza, pero que, en otro sitio, su espada no temeria medirse con la suya.

Don Pedro no se da por entendido de tales palabras; mas, en cuanto cierra la noche, un hombre enmascarado abre las puertas de la torre donde está preso Don Tello, y conduciéndole á sitio seguro, le da un caballo, dinero y una espada; con el caballo podrá huir á Portugal y con el dinero vivir allí, pero despues que haya sostenido con la espada sus amenazas. El libertador y retador era el mismo Don Pedro; cruzan las espadas, y despues de combatir largo tiempo, Don Tello es desarmado, y el rey le perdona la vida.

Esta distincion entre los deberes del rey y el impulso de la índole nacional se revela en todo el drama en el carácter de Don Pedro.

Este no goza largo tiempo de su triunfo, y la

justicia divina llama ante su tribunal al severo ejecutor de la humana. En medio de los árboles del parque se le aparece un sacerdote á quien él habia matado por una indiscreta bravata, y le cierra el camino, apoyando en su brazo la mano encandecida para hacerle presentir los tormentos que le aguardan si no expia las culpas de su carácter fogoso é indomable. Á fin de alejar de su cabeza la venganza del Cielo, le intima que fabrique un monasterio, allí donde la mano del héroe, trémula de espanto, dejó caer el puñal.

Don Pedro va á encerrarse en su palacio; pero ni aun allí encuentra reposo. Don Enrique de Trastámara, su hermano, viene á traerle el puñal perdido, y al ver la fatal arma en una mano que dentro de poco debia serle enemiga, se asusta, y en el delirio revela la catástrofe que debia poner fin luego á sus dias.

Es personaje muy de moda; pero, mientras los historiadores le presentan como cruel, los poetas formaron de él el ideal del *justiciero*, quizá cuando se sentia la necesidad de una mano fuerte para reprimir los desórdenes; lo cual, empero, no justifica la induccion de aquellos historiadores que han sacado de allí argumentos en favor de Don Pedro. Entre los muchos dramas de que es protagonista, citarémos *El Montañés Juan Pascual ó El primer asistente de Sevilla*. Adviértase que se da el nombre de asistente, al primer magistrado de la capital de Andalucía, y de montañeses á los habitantes de una parte de Castilla la Vieja donde los Cristianos se habian refugiado en el tiempo de la invasion de los Moros.

El rey, yendo de caza, se extravió en los alrededores de Sevilla, y el anciano Juan Pascual, á quien encuentra, le ofrece hospitalidad, sin conocerle. Entran en conversacion; Juan Pascual menciona sus servicios al rey, y como Don Pedro le dijese que este se habia mostrado injusto con él, no recompensándole cual debiera, aquel le contesta que el rey siempre es justo, y que no tolerará se hable delante de él en otro sentido.

En el curso de la conversacion, Don Pedro se justifica ó procura justificarse en cierto modo de la nota de cruel y de sus amores con la Padilla. Juan Pascual le dice que el rey ganaria mucho en tener junto á sí un hombre de sus cualidades, que velase con celo por su gloria y por el reposo del Estado.

En esto llega un noble, el cual descubre al rey, y este declara á Juan Pascual que acepta sus servicios y le nombra gobernador de Sevilla.

El honrado montañés llega á ser pronto el terror de las malos y la confianza de los buenos. Pero, además de reprimir á los perversos, tiene que obrar también contra el rey mismo, el cual quiere con asesinatos y violencias vengar sus injurias y satisfacer sus sospechas ó sus pasiones. Sacrifica sus parientes al amor de la Padilla, y solo le refrenan alguna vez los miramien-

tos hácia el gobernador de Sevilla, á quien se complace en ver luchar generosamente con las dificultades que él mismo hace nacer. Como ejemplo, citarémos el último incidente.

Don Pedro, enamorado ó encaprichado de la hija de Juan Pascual, intentó introducirse de noche en su casa, y mató á uno que queria impedirlo. Apeló á la fuga, pero una vieja que trabajaba á la ventana le conoció. Como Pascual la interrogase para descubrir el asesino, despues de alguna resistencia pronunció el nombre del rey. El gobernador la impuso silencio, y continuó instruyendo el proceso, como de costumbre. Recomendó el rey que hiciese todo lo posible por hallar al culpado, y que le castigase con rigor fuera quien fuera. Luego se lamentó de la lentitud en las diligencias y de su poco éxito. Juan Pascual no se alteró por eso, y al cabo de algun tiempo anunció al rey que el proceso estaba terminado y el reo descubierto, pero que era uno de esos que hacen callar la ley, y por lo tanto convenia echar tierra encima al asunto. Don Pedro sabia ya que Pascual estaba en el secreto; pero curioso de ver cómo saldria del apuro, insiste en que se administre justicia sin consideraciones de ningun género. Fiado en esta orden precisa, propone al rey conducirlo al punto donde el delito fué cometido y donde será castigado. Apenas llegan, cuando se tira de unas cortinas, y aparece la estatua de Don Pedro. Juan Pascual cae de rodillas; el rey le levanta, le abraza, y quiere que en memoria de esta valerosa integridad, su estatua permanezca donde fué colocada y que Juan Pascual conserve perpetuamente el bien desempeñado cargo.

García del Castañar es la obra maestra de Rójas, y segun algunos, del teatro español; se la representa á menudo y está escrita en la memoria de todo el mundo, como tipo del pundonor mas sublime.

García del Castañar, de casa nobilísima pero proscrita, vive en la soledad, cultivando un rústico predio cerca de Toledo, su delicia y su gloria; no conoce al rey, ni aun de cara, aunque dista su quinta de la corte breve espacio. Habiendo invadido los Moros la Andalucía, todos á porfia ofrecen al monarca medios de defensa, y García ofrece á su vez cien quintales de cecina, otros tantos de tocino, dos mil fanegas de harina, cuatro mil de cebada, catorce botas de vino, tres rebaños y cien soldados de á pié. Tanta largueza y espontaneidad inducen al rey á ir á visitar de incógnito aquel asilo de las virtudes antiguas. Hubo quien previniese á García, indicándole que el rey llevaria una banda roja, distintivo de una orden de caballería de la época. Pero casualmente el rey no se la puso, y sí uno de sus cortesanos, por nombre Mendo. García habla al primero con franqueza, mostrándole los motivos que le inducen á vivir lejos de la ingrata corte; en el otro venera al rey, sin aparentar conocerle.

GARCÍA.

Mas precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices,
Y codicioso en la empresa
Seguirlas por la dehesa
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con piés rojos,
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz, que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Sin disgusto dé su boca:
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo,
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el conde
Á Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador,
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas, ó tres,
Pastilla de lumbre es,
Y canela del Brasil;
Y entregárselo á Teresa,
Que con vinagre, su aceite,
Y pimienta, sin afeite,
Las pone en mi limpia mesa,
Donde en servicio de Dios,
Una yo, y otra mi esposa
Nos comemos; que no hay cosa
Como á dos perdices, dos:
Y levantando una presa,
Dársela á Teresa, mas
Porque tenga envidia Bras
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roido,
Y oír por tono el crujido
De los dientes y los huesos;
Y en el cristal transparente
Brindar, y con mano franca,
Hacer la razón mi Blanca
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa, dando
Gracias á quien nos envia
El sustento cada dia,
Varias cosas platicando;
Que aquesto es el Castañar,
Que en mas estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me puedan dar.
REY.
Pues ¿ cómo al rey ofrecéis
Ir en persona á la guerra,

Si amáis tanto á vuestra tierra?

Pues, concluida la guerra,
¿ No os quedaréis en palacio?

GARCÍA.

Vívase aquí mas despacio;
Es mas segura esta tierra.

REY.

Posible es que os ofrezca
El rey lugar soberano.

GARCÍA.

¿ Y es bien que le dé á un villano
El lugar que otro merezca?

REY.

Elegir el rey amigo
Es distributiva ley:
Bien puede.

GARCÍA.

Aunque pueda el rey,
No lo acabará conmigo;
Que es peligrosa amistad,
Y sé que no me conviene;
Que á quien ama, es el que tiene
Mas poca seguridad:
Que por acá siempre he oído
Que vive mas arriesgado
El hombre del rey amado,
Que quien es aborrecido;
Porque el uno se confia,
Y el otro se guarda dél.
Tuve yo un padre muy fiel,
Que muchas veces decia,
Dándome buenos consejos,
Que tenia certidumbre
Que era el rey como la lumbre,
Que calentaba de lejos,
Y desde cerca quemaba.

REY.

También dicen mas de dos
Que suele hacer, como Dios,
Del lodo que se pisaba
Un hombre ilustrado, á quien
Le venera el mas bizarro.

GARCÍA.

Muchos le han hecho de barro,
Y le han desecho también.

REY.

Sería el hombre imperfecto.

GARCÍA.

Sea imperfecto, ó no sea,
El rey, á quien no desea,
¿ Qué puede darle, en efecto?

REY.

Daráos premios.

GARCÍA.

Y castigos.

REY.

Daráos gobierno.

GARCÍA.

Y cuidados.

REY.

Daráos bienes.

GARCÍA.

Envidiados.